

La nación americana o la conjetura visionaria

Nelson Vallejo-Gomez

Yo deseo más que otro alguno ver formar en
América la más grande nación del mundo, menos
por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria.
(Bolívar – 1815.)

El siglo XIX fue el de la libertad, el siglo XX el de
la búsqueda de la igualdad y el siglo XXI debería
ser el de la fraternidad, el de la solidaridad.
(Octavio Paz – 1968.)

No hay patria bajo el despotismo.
(La Bruyère – 1688.)
(Ni tampoco bajo el analfabetismo, la corrupción, la
ideología del terror ...)

En América(s) el concepto de nación se ha forjado de varias maneras. Y ha estado siempre al servicio de una concepción preestablecida de la sociedad y de los nuevos Estados. La identidad nacional de los pueblos americanos ha sido desde un comienzo una “comunidad imaginada”, según la expresión consagrada por los historiadores de la época republicana. ¿Cuál es la figura unificadora del juego imaginativo que opera en dicha comunidad imaginada? ¿Cuál es

pues la “idea americana” generadora de conceptos de gobierno y de afectos compartidos?

¿Qué interés para los americanos de hoy? ¿No será *peine perdue* reflexionar sobre la nación en la era del derrumbe de las ideologías, del pragmatismo cínico del político de turno, de la corrupción-hidra, de la ideología del terror, de la descomposición del pensamiento social? ¿No será mejor pensar la identidad colectiva a partir de otro concepto que le concepto de nación?

Desde el norte “ordenador” hasta el sur “anarquista”, retomando la topología hegeliana sobre la historia de América(s) (Hegel, 1920), la pregunta por la nación ha tenido por lo menos tres respuestas, pero el interrogante sigue abierto. En su corto proceso, a penas dos siglos, la nación americana ya agotó las tres principales figuras heredadas del imaginario europeo: la nación territorial o étnica, la nación cívica o institucional y la nación civilizada o cultural. Sangre, lengua y religión, matizados por legislaciones de inspiración romana tomaron figuras indígenas en América(s), como en un retablo cuzqueño. La entidad india sirvió también al criollo para liberarse del yugo español y como el movimiento requiere a-temporalidad, el criollo la buscó por un tiempo en el bestiario y en la cosmogonía precolombina, sublimando las ruinas. Una especie de libro local de “seres imaginarios” sublimados por “cristianismo civilizador”: el águila, el cóndor, el puma, la serpiente con gorros fríos y soles nacientes.

De las tres figuras heredadas a partir del imaginario europeo de la nación, la territorial es, a mi parecer, la más

persistente en América(s). Pues el problema agrario y fronterizo hace tangente la solidaridad de intereses y aviva la lucha de “clases”. Lo territorial requería institucionalización y, por cierto, valores. Por lo cual siempre se ha impuesto por la fuerza y confundiendo “civilización” con “exterminación” o “integración” con “absorción” [véase las políticas diversas con los indios o con los malos salvajes, porque en América(s), al respecto, los Estados Unidos no han tenido el monopolio de la ignominia]. Las sucesivas actas de independencia hicieron de la nación una patria y de la patria un horizonte libertario, abriéndose así un conflicto de lealtades entre antiguos y nuevos Señores. Para los criollos o para los europeos americanizados la razón de ser de sus reivindicaciones era muchas veces una cuestión de sal, trigo o auto legislación. La primera Acta de Independencia en América(s), la de los Estados-Unidos (1774), precisa 25 agravios en contra de la Corona británica, de los cuales, el más concreto presenta sutilmente el nervio de la guerra, que reside allí donde se imponen “contribuciones sin consentimiento”. Valores y principios vestían de nobleza intereses partidarios y monetarios.

Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados; que cuando quiera que una forma de gobierno se haga destructora de estos principios, el pueblo tiene el derecho a reformarla o abolirla e ins-

tituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad.

Nación, Patria, Libertad, Felicidad y suenan trompetas. ¡Qué triste que tan lindas palabras sugieran también “vilaines arrière-pensées”! (preventiva nietzscheana). Pues las lealtades patrióticas eran y siguen siendo “lealtades de recaudo”, así fueran también “recaudos de honor” (véase la legión napoleónica).

Interpretando la “realidad peruana” en los sectores de la costa, José Carlos Mariategui muestra cómo el nuevo capitalista criollo no tiene visión nacional y por consiguiente es incapaz de universalizar su experiencia. Es decir, carece de autonomía y de auto desarrollo. La razón es, según Mariategui, que dicho capitalista o mejor el propietario criollo, “tiene el concepto de la renta antes que el de la producción” (Mariategui, 1928). Los capitalistas criollos como los intelectuales criollos se habían contentado con “servir de intermediarios”. Lo que no fue el caso de los emigrados europeos en América del Norte.

El proceso capitalista, por cierto, no es el mismo en toda América(s); en el Norte, se reprodujo de entrada la figura anglosajona reformada del santo imperio germano. Mientras que en Iberoamérica, las elites locales vendieron a los indios y a los negros la ilusión de un “país libre” de una “patria propia” (de una “patria boba”) y los enrolaron en guerras de lealtades al servicio de intereses locales. Era como la revancha de los criollos sobre los encomenderos y la de és-

tos con sus mandatarios de las Cortes. Un juego dialéctico, *bis repetita*, entre esclavos y señores. Tanto en el Norte como en el Sur del extremo occidente se empezó necesariamente por querer ser Estado con Patria y Nación imaginadas. Hay que afinar, y lo digo en el sentido kantiano de una “imaginación pura”, porque patria y nación siguen con significaciones inéditas en América(s).

La realidad es que los pueblos americanos sobreviven en una conjetura arbitraria sin identidad propia, a pesar del enorme esfuerzo pedagógico de Bolívar, que diversos caudillos han desformado al convertirlo en bolivarianismo o nacionalismo de bolsillo y pacotilla. Y sin embargo, el mensaje-deseo de Bolívar sigue intacto y tan revolucionario, cuando escribe en su *Carta de Jamaica*: “Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria” (Bolívar, 1815). He ahí la fuerza y la fragilidad de estos países. Sus respectivas diversidades se han constituido en Estados por geometría y aritmética y no por espíritu, es decir, por territorios y contabilidades, y no por identidad humana o conciencia planetaria.

Ese deseo de ver interactuar una “Comunidad americana” sigue siendo en los americanos un deseo, como sigue siendo un horizonte simplemente deseable una “Unión americana”. Existe una Organización de Estados Americanos, pero sin más identidad que el despotismo y la reiterada arrogancia de la división azuzada, del conflicto de lealtades entre el fuerte y el débil, el rico y el pobre, el señor y el va-

sallo, el patrón y el obrero, etc.. Clásica mentalidad disyuntiva: dividir para reinar. Esto era ya la política de los imperios europeos para con sus colonias americanas. En el caso de la Corona española, por ejemplo, se favorecía la multiplicación de los centros decisorios y de sus cabildos para debilitar el poder de los encomenderos. De la misma manera que los mismos españoles organizaron varios virreinos y diversas Capitanearías. Se podría decir que la independencia, en este aspecto como en muchos otros, pagó a los europeos con su propia moneda. No digo que la “Organización” no tenga interés jurisprudente o necesario interés regulador; tampoco digo que no sirva al paradigma ordenador hegeliano del Norte y que no sea mejor, a lo patológico, en ciertos casos, lo pragmático. La verdad es que perdura la dualidad arbitraria para oponer lo culto a lo atrasado, lo moderno a lo tradicional. La verdad es que perdura la complacencia de una heterogeneidad que en muchos lugares se vuelve pintoresca e irrisoria. Persiste la ilusión de una identidad original y fundadora. Y todavía la noción de “organización” no se percibe de manera compleja, es decir, generando la interacción requerida al proyecto concertado y a la regulación positiva, inclusiva y abierta a lo inédito.

Afirmo pues, que el sentido de nación sigue siendo un desafío para los americanos. Es decir, que los americanos siguen careciendo de identidad nacional. Y en esta tarea, ellos también son contemporáneos de los pueblos del mundo. Ya que ser “nación por libertad y gloria” es otra cosa que creer serlo por extensión, oro, petróleo y misiles. También, es otra

cosa que serlo por lengua y religión. Que tristeza ver a los chicos chicanos enrolarse y ser carne de cañón con la promesa de tener una *Green carte* o un pasa-puertos. Ya dirán que en la era del “fin de la historia” y de la pérdida de los “grandes relatos”, una gloria usurpada por un imaginario de *prêt-à-porter* vale tanto como el combatir por tener en recompensa un papel que da acceso al seguro social y a otros subsidios estatales. Cada época genera sus niveles de recompensa. Lo que pasa es que, en ese juego perverso, se sigue teniendo acceso al privilegio, a la “ciudadanía” en este caso, por linaje, dinero o espada, y no por valores espirituales y educativos, es decir, por humanidad, fraternidad y justicia.

Está por interrogar pues lo inédito en la “idea americana”. Esa cosa por repensar que sirva de faro al porvenir de la nación americana y cuya identidad le toca esculpir arduamente a cada generación. La identidad del nuevo mundo es un vértigo que tiene de pronto una lección para la identidad transnacional en gestación de otros pueblos, como los de la Unión europea.

La genealogía del concepto de nación está marcada en extremo occidente por el necesario pragmatismo a la gesta libertaria y fundadora de los Estados americanos. La ideología arquitectónica es de corte europeo. Se buscó tener artefactos y simbologías, *machines désirantes*, para institucionalizar y justificar poderes locales. Y sin embargo, hay algo inédito en el proceso americano de invención nacional, algo que repensar. Hay, un eslabón perdido en esa extraordi-

naria ficción de identidad. Hay, cierta contemporaneidad con el proceso de globalización o conciencia planetaria. Algo, en búsqueda de otro concepto y de otra intuición. Una especie de idea generadora de esperanza, de sueños, de utopías, de proyectos que por periodos se ha cosificado en instituciones liberales, democráticas y progresistas. Sin embargo, el mito de identidad, de unidad nacional y de “comunidad de destino” compartido en lo político, lo social, lo cultural y lo económico sigue apareciendo en negativo, expresando así las terribles fracturas, los espejos rotos, los odios fratricidas y el egoísmo hereditario de los pueblos americanos. La idea de nación sigue siendo pues un desafío hacia la manera de pensar las identidades colectivas.

Dichos pueblos han sido reunidos por fuerza y por ley en Estados. Algunos de éstos reconocen ya su diversidad o pluralidad constitutiva, así sea en el marco peyorativo de lo minoritario. La teología política moderna, que da cimiento a las Constituciones americanas, integra *pêle-mêle* la diversidad, en la noción de ciudadanía como una construcción cultural incluyente. Este proceso benefició a una minoría que por lo demás traía heredada cierta predisposición al tema. Se esperaba que la educación cívica y las leyes (“las bayonetas os dan independencia, las leyes os darán libertad”, decía Francisco de Paula Santander) armonizaran la heterogeneidad del pueblo, es decir lo “civilizaran”, lo ilustrarán. Se esperaba resolver la difícil ecuación del paso del despotismo a la libertad, del paso de los actos de poder a los actos de virtud, como le escribió Bolívar a Santander el 24 de febrero de

1820. Por “pueblo” se entendía sobre todo a los indígenas o, siguiendo una inspiración griega, a los “bárbaros”. A los “mudos”, es decir, a los indios y a los negros que no hablaban el idioma de Castilla. Evidentemente, “ciudadanía” era y sigue siendo una especie de título nobiliario sin tierras, ni armas, ni relatos propios, y cuya carta o documento nacional de identidad comporta múltiples hologramas o niveles de contexto. Es decir, en los países americanos hay ciudadanos de “primera clase” y de “segunda clase”. Es decir, que la ciudadanía tampoco ha logrado inspirar un proyecto de comunidad. Pocos saben en América(s) que ciudadanía es también algo que se debería comer, vivir, recrear y hacer prosperar; que se trata de una trama interdependiente de derechos y deberes, que en una República, en el sentido originario de “*res publica*”, es decir, en el sentido más general de Estado y no el de una forma determinada de Estado, la ciudadanía es el común denominador de la dignidad, que la identidad republicana es la ciudadanía y que por eso, los Revolucionarios franceses no interpelaban, es decir, no llamaban al otro designándole por su color de piel, su religión, su huerto o su etnia, sino que le nombraban: *Citoyen!*

En reciente Congreso de los pueblos indígenas, realizado como era debido en el Cuzco (ombligo del mundo inca), los participantes pidieron a las autoridades de sus países que elaboren Constituciones que permitan la refundación de sus naciones, pidieron que las Constituciones de los países andinos busquen la refundación de los Estados con la inclusión de los pueblos y las comunidades, pidieron un Estado pluri-

cultural, pidieron dignidad par con los pueblos indígenas, pidieron reconocimiento justo y no solamente legal de la diversidad cultural americana.

El estadista positivista respondería de inmediato que dicha petición ignora lo ya previsto en la norma constitucional de esos países. Los procesos de Conquista, Colonia, Independencia, República han buscado de diversas maneras formar la integración-asimilación de la heterogeneidad local. ¿A qué apunta entonces dicha petición? Apunta a que sigue viva la fractura entre lo justo y lo legal. Apunta a que la norma ha sido la conjetura arbitraria de un racionamiento basado en un paradigma exclusivo y sin inclusividad. Apunta a que en América(s) se mantiene el divorcio entre lo dicho, lo escrito y lo hecho. Atestan triste dichos populares: “las leyes están hechas para violarlas”, “se obedece pero no se cumple”, etc... Por consiguiente, el pedido de repensar la doctrina del Estado como un ente inclusivo y no solamente integrador (a la manera alemana) o libertario (a la manera francesa) es una tarea que implica un cambio de paradigma que conciba la gobernabilidad a la era de la globalización. Es un trabajo de educación, ya no en sentido “ilustrador” o en sentido decadente de “civilizador-exterminador”. Educar, es decir, arduo aprendizaje para deducir de la sublime razón la parte de humanidad que hace de nuestra animalidad el acto sublime de quién, ahí donde se es más que uno, sabe que el hombre no es un lobo para el hombre. Educar es reconocerse humanidad, parte de un todo y todo de partes, es reconocer que nadie tiene el monopolio de la sublime razón, pues hay casos en que la razón ha sido también la historia de

la infamia. El Estado pluricultural está pues por hacer. Más allá y con la experiencia memorable del Estado integrador y del Estado libertario, está por repensar la teología política de un Estado pluricultural americano.

Prestigiosos historiadores del periodo republicano en América(s) se han preguntado atónitos: ¿cómo fue posible una individuación tan rápida en el Nuevo Mundo? ¿Cómo, en un lapso de tiempo tan corto, se constituyeron en naciones, con miras a Estados, los pueblos americanos? ¿Cómo surgió ese número o diversidad de naciones armadas en Estados republicanos que dicen tener identidad propia?

Pero, antes de hacer la pregunta dialéctica por el encadenamiento temporal del proceso nacionalista en el nuevo mundo, que dicho sea de paso sigue en pie, está pendiente la cuestión del ente mismo de la nación americana. Lo dialéctico tiene su valor, pues también interesa esa lección para entender el proceso de la identidad nacional en la herencia europea de los americanos. Entender, por ejemplo, cómo y por qué, pero sobre todo para qué y para quién (*chercher la femme* –la *Malinche*) (Paz, 1994), se territorializó el poder y nacionalizó el Estado en el Nuevo Mundo. Pues la nacionalización del Estado o estatización de la nación ha servido más para alimentar los rencores mutuos y, en el último siglo, más para conceptualizar lo social en luchas estalinistas y fascistas que para repensar el proyecto inclusivo de un país viable y solidario.

Se contextualizaron, culturaron o localizaron en el nuevo mundo los conceptos tradicionales de nación, patria, lengua, etnia, Estado... Con lo cual se disipó desde su propio

paradigma el despotismo europeo en América(s). Españoles, ingleses, franceses y portugueses perdieron con sus propias armas mentales las colonias americanas. ¡Dirán que de algo sirvió la ilustración renacentista! Con esto, el relato nacional ya ganó sus letras de nobleza. Es mucho. Pero no es suficiente. Sin decir, que cualquier viajero, atento por los caminos americanos, constata claramente que nación sigue siendo una noción de papel, una ficción para justificar micro y macro Estados de hecho en Estados de derecho. No hay naciones en América(s) a la manera francesa o alemana de Estado-nación. Hay Estados, algunos unidos o federados por la fuerza, la ley o la inercia de la esclavitud. Otros están desunidos o descuadrados. Otros, esparcidos en archipiélago, lo son de pacotilla o de título nobiliario. La mayoría han sido o son Estados autoritarios. Los pueblos viven prisioneros de fronteras arbitrarias y al servicio de castas mutantes cuyo nudo gordiano sigue siendo el dinero como religión y como política. Los pueblos americanos como tal no tienen ni educación política ni historia política en propio. Triste constatación que también hace retrospectivamente que se mantenga echándole aceite al fuego y azuzando la desunión entre los países y las regiones. Costa, sierra y selva producen idiosincrasias sin visión de país. Sin decir que en estepas y montañas americanas viven micro comunidades resentidas en la ilusión de construir identidad con “memoria de anticuario” (imagen nietzscheana), acumulando un montón de cositas irrisorias (como el imaginario dominical de los juguetos en plástico *made in china* que te imponen los Mac

Donald). Pero basta de arrogancia y de primíparas tiradas de piedra. Hay también mucho sufrimiento en esta ausencia de identidad y de historia (Nietzsche, 1964). Intuyo en este drama la crisis de lo inefable que sufren tanto la conciencia individual como la representación colectiva. Las unidades territoriales que forman las cartas geográficas y políticas no han logrado olvidar todo espíritu partidario, a favor del *effort de conscience* que cada territorialidad debería tener para con el relato nacional y para con el imaginario republicano.

Plantear esas preguntas y proponer respuestas significativas requiere, según Georges Lomné, retomar la metafísica aristotélica relativa a los significados de lo Uno, a la esencia de éste mismo y a las nociones que de él se derivan (Aristóteles, *Metafísica*). Lomné toma el caso de la Colombia bolivariana y de su crisis de identidad como paradigma en donde uno podría distinguir la diferencia de la alteridad.

Al rechazar la unidad de la Monarquía, escribe Lomné, el esfuerzo de los patriotas más radicales consistió en afirmar la alteridad de España, o sea la ausencia de un “género” común con América. Luego, las naciones que surgieron de la disgregación de la Colombia bolivariana irían a plantearse entre sí como diferentes dentro de un mismo género, en “contrariedad” las unas con las otras. (Lomné, 2003.)

A la búsqueda del “género perdido” o de la *nation manquée*, los patriotas americanos elaboraron sus relatos nacionales animados de entrada en los mejores casos con la esperanza de la unidad por venir o en el peor, con la nostal-

gia por la unidad perdida del género propio o de la patria americana.

Inspirados del esfuerzo revolucionario francés por dar vida en cada pueblo a un imaginario republicano en donde el fin justificaba los medios, siendo la nueva simbología nacional como una pintura cuzqueña, los patriotas americanos han sufrido y sufren la tragedia de lo inefable. De allí que la simbólica republicana y el imaginario de nación sean más como un remedio a un mal sin cura o una especie de placebo al mal metafísico originario.

Siguiendo la pista de corte aristotélico, dicho mal metafísico residiría en una oposición radical de lo uno y lo múltiple, llevando a concebir el paradigma nacional americano como el encierro persistente en un género improbable. Mal probablemente necesario a la crisis de la representación política independentista. Como si la oposición radical entre la Monarquía española y el proyecto naciente de patria americana fuese una figura ineluctable para poder reunir intereses criollos tan diversos.

En este conflicto de intereses y de lealtades se disputaban dos absolutos con pretensión unificadora. Por un lado, la unidad tan ventada del Reino de España(s) era y sigue siendo más por su teología política que por etnia, lengua y memoria (véase el caso Euskadi). También habrá que mirar lo que dicho Reino debe a sus Virreinos en cuanto a la imagen de unidad que recibía para beneficio propio de los Reyes católicos. Pocos saben en América(s) que la identidad española era y sigue siendo un retablo de diversidades. En su panfleto *Contra las patrias* (1984), Fernando Savater

grita y argumenta contra los que buscan imponerle más unidad y poca unión a la diversidad nacional española. Savater escribe que la mentalidad excluyente del patriótico es una mentalidad de regimiento y uniformidad, es la de quien piensa como el vasco ex lehendakari Garaikoetxea, que

no se puede ser dos cosas, como vasco y español o vasco y francés (...) Esta es la mentalidad excluyente que quise combatir con este libro, porque bastante la padecemos ya durante el franquismo. Se puede y se debe ser no ya dos cosas, sino muchas otras, todas aquellas que nos permitan vivir en armonía con el mayor número de seres humanos. ¡Abajo los regimientos y su uniformidad idéntica! (Savater, 2000.)

Savater cita también a Santayana sobre la cuestión relativa a lo qué es “el país de un hombre”, es decir, “un patriotismo que se subordine a la lealtad racional, a cosas como la humanidad y la justicia” (Santayana, 1995). Algo, tal vez complementario a la conjetura arbitraria del orden patriótico, la conjetura visionaria de la “madre-patria” (en sentido moriniano).

La unidad del patriota, en el caso americano, funcionó y funciona como una conjetura arbitraria, es decir, racional. Por lo tanto, cuando de repensar la nación se trata, los americanos, que sean del Norte o del Sur, hallasen en el “caso más extraordinario y complicado” (Santayana, 1995). Este diagnóstico imperecedero, escrito por El Libertador en su famosa Carta de Jamaica (1815), se acompaña seguidamente de un decidido esclarecimiento en cuanto el método a seguir para entender tal pensamiento.

El método bolivariano apuesta por la conjetura, que el mismo Bolívar califica de *arbitraria*, pero que dice estar dictada por el *deseo racional* y no por un *raciocinio probable*.

A pesar de considerarle como una *conjetura arbitraria*, pensar el resultado de la línea política que América debía seguir, Bolívar lo formuló como su mayor deseo en estos términos: “ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria” (*idem*).

Reside en el deseo racional bolivariano una definición de nación que trasciende, tanto la tradicional hecha de sangre, lengua y religión, como la moderna revolucionaria institucionalizada por el renacimiento republicano europeo y heredada en América, en donde una nación la forman los ciudadanos.

Decir que una nación se constituye por *libertad y gloria* y no tanto, o no solamente tanto por sangre, lengua y religión, decreto nacional republicano de ciudadanía y contabilidad tributaria, es decir algo más que una *conjetura arbitraria*, es pensar algo enorme y complejo, es formular una *conjetura visionaria*.

El visionario no es aquel iluso que toma como real lo imaginado; es el vigía de lo porvenir. Así como cada individuo tiene que construir su personalidad, cada sociedad tiene que construir su identidad. En la oposición paradigmática entre cultura y natura, Bolívar apostaba por una identidad diferente y en suma necesariamente compuesta de lo india y lo europeo, de lo extranjero y lo indígena, es decir, por una iden-

tividad americana. Al definir quién es el nuevo hombre americano, aquel llamado a vivir en el nuevo mundo, Bolívar utiliza el “nosotros” de comunión y escribe desde Jamaica:

Nosotros somos un pequeño género humano;
Poseemos un mundo aparte,
Cercado por dilatados mares;
Nuevo en casi todas las artes y ciencias,
Aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil.
Yo considero el estado actual de la América,
Como cuando desplomado el imperio romano,
Cada desmembración formó un sistema político,
Conforme a sus intereses y situación,
O siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o
corporaciones;
Con esta notable diferencia
Que aquellos miembros dispersos volvian
A restablecer sus antiguas naciones
Con las alternancias que exigían las cosas o los sucesos;
Mas nosotros,
Que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue,
Y que por otra parte no somos indios, ni europeos,
Sino una especie media entre los legítimos propietarios del país,
Y los usurpadores españoles;
En suma, siendo nosotros por nacimiento,
Y nuestros derechos los de Europa,
Tenemos que disputar estos a los del país,
Y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores;
Así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.

Cada una de las palabras de este corto texto, el propio ritmo de sus frases, su dimensión visionaria en suma, nos

daría mucha tela corta. Bolívar evoca un “nosotros” que se encuentra en la dificultad de fundar una identidad, un colectivo en busca de nación moderna, únicamente sobre lo histórico-cultural, únicamente sobre tierra, lengua, religión y tributos.

No ser pues indio ni europeo por esencia, sino *una especie media* por vivencia, es decir un mestizo o, si se quiere, un americano simplemente. Llamarle a ese mestizo “raza cósmica”, como lo hacía Vasconcelos, es un poco delirante. A no ser, que con eso se apunte a un rasgo o metáfora de identidad humana.

Que una nación sea no solamente tal, sino la más grande del mundo, por su libertad y gloria, y que la formen ciudadanos de “raza cósmica”, nos lleva a pensar la conjetura arbitraria bolivariana del punto de vista bíblico. En su libro, *A l'Heure des nations*, Emmanuel Levinas escribe que las “setenta naciones o setenta lenguas” son una *metáfora* de la Humanidad, un relato de la Torha.

Tres preguntas claves siguen abiertas: ¿quienes son, qué quieren y adónde van los americanos?

Hay quienes responden que son *Quakers* y que quieren seguir siéndolo. Y tienen en *Camp Delta* su ritual exorcista para justificar la impostura genealógica del *Clash of civilizations*. Por lo menos tienen el mérito de saber qué cosa quieren, para ellos. Algo así como un animal cuya pulsión aplica a su inmediata subsistencia, a su auto-pre-ocupación. Hay en la herida “11.09.01 *Camp Delta*”, mucha sacralización y poca santidad. Eso tan lejano a la preocupación por el otro en su dimensión humana. Pero lo más terrible es que ya

sepan qué cosa son. ¡Como si un humano tuviese el don de conocer su propia muerte!

Hay quienes viven en la estupefacción del hilo conductor ya roto con una fuente memorable, pero que no por eso alienan sectas. Hay, por doquier, y son mayoría, seres esclavizados por la pobreza y el analfabetismo. Pobreza material, pero también analfabetismo espiritual. Muchos sufren la tiranía repetitiva del imaginario catódico como placebo a la inmediatez de lo cotidiano.

América(s) es de toda evidencia un laboratorio de la identidad contemporánea. En su celebre ensayo, *El Laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz ve en el Mexicano el paradigma del Hombre americano, que en poco tiempo agotó las formas históricas de Europa, y a quien no queda sino la “desnudez o la mentira”. ¿Y por qué? Porque tras el derumbe general de los valores modernos (Razón y Progreso), además de la tradicional Creencia bíblica y de la Utopía, no se levantan nuevos o viejos sistemas intelectuales, ni grandes relatos capaces de dar serenidad y permanencia frente al silencio infinito del firmamento. Como todos los hombres, el Hombre mejicano en la antropología de Octavio Paz, el Hombre americano, vive el “mundo de la violencia, de la simulación y del ninguneo”. Sin embargo, optimista, Paz considera benéfica dicha “desnudez”, pues en la “soledad abierta (...) espera también la trascendencia”, es decir: “las manos de otros solitarios”. La “mano” de Paz es como el *Visage de Levinas*.

El Nuevo Mundo, América(s), se le considera igualmente a menudo como el topos, o la utopía factible del país

“futuro de los hombres”, retomando una inspiración latina de corte nietzscheano. Es decir, el *topos* utópico de donde se ha esperado renazca para el Viejo Mundo una nueva esperanza. En el § 28 de *Así hablaba Zaratustra*, Nietzsche escribe que el país por descubrir se llama “el hombre” y que dicho país es el “futuro de la humanidad”. Como Jesús con sus “pescadores”, Zaratustra quiere a sus discípulos “marineros”. Porque el “país futuro” se encuentra mar adentro. Con esto se alude a que lo por venir está siempre en movimiento, en devenir, flujo y reflujo, que es, entre otras, una de las imágenes empleadas por Nietzsche para describir a las fuerzas que configuran a la *voluntad*. Retomando antiguas figuras, metáforas y analogías poéticas, reflexionando sobre la condición postmoderna del hombre Europeo, Nietzsche considera que Ser *Puente* y no *Meta*, es para el hombre su identidad humana, tal es la configuración del “suprahombre” nietzscheano. Entiéndase que si el hombre es “puente”, lo es hacia las futuras figuras humanas que él sea capaz de crear y desde y con las pasadas que históricamente han sido épocas. Para Edgar Morin, se trata de una revolución paradigmática o revolución, ya no tanto cerebral como mental o espiritual, en donde el ser humano pase de la *hominización* a la *humanización*, es decir, de ser hombre-lobo a ser hombre-dios. Un puente pues, entre la comedia de la pasión reproductiva y la tragedia del amor creador.

Yo camino entre los hombres como entre los fragmentos del futuro: de aquel futuro que yo contemplo. Y todos mis pensamientos y deseos tienden a pensar y reunir en unidad lo que es fragmento y enigma y espantoso azar. (Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*.)

Volviendo al tema de la nación americana y en resumen, de la imagen de la nación “civilizada” o libertaria, impuesta por los próceres locales con figuras institucionales y territoriales, en las cuales actuaba el fantasma del exterminio por ADN incompatible, y pasando por el tema de la nación “cívica” o nación de “ciudadanos”, se retornó durante el siglo veinte al ideal de una nación incluyente. Pero ésta inclusión se ha vivido como una “integración homogeneizadora” y por ende desintegradora. Porque el imaginario humano no se deshace de una metáfora de una identidad humana que sigue por entenderse. Porque, como lo dijera Octavio Paz: El siglo XIX fue el de la libertad, el siglo XX el de la búsqueda de la igualdad y el siglo XXI debería ser el de la fraternidad, el de la solidaridad.

En esa tarea, la nación americana aparece como una conjetura visionaria para los pueblos americanos y otros pueblos del mundo. Porque sigue pendiente un tejido social local, regional o internacional interactivo e interdependiente, que sobre la base de derechos, deberes y dignidad de los pueblos participe a una globalización que sea una oportunidad para todos.

Señores yo digo, para terminar, y que este pensamiento os dé valor, que no es cosa de hoy que el género humano esté en marcha por este camino providencial. En nuestra vieja Europa, Inglaterra ha dado el primer paso y con su ejemplo secular ha dicho a los pueblos “¡sois libres!”. Francia ha dado el segundo paso y ha dicho a los pueblos “¡Sois soberanos!”. Ahora demos el tercer paso todos juntos: Francia, Inglaterra, Alemania, Europa, América, digamos a los pueblos: ¡Sois hermanos! (Víctor Hugo.)

Bibliografía

- ARISTÓTELES. *Metafísica*, Libro 10, Capítulos 1-4.
- BOLIVAR, Simón (1815). *Carta de Jamaica*. Kingston, septiembre 6.
- HEGEL, W. F. (1920). *Philosophie der Geschichte*. Leipzig.
- LOMNÉ, Georges (2003). El “espejo roto” de la Colombia bolivariana”.
In: Inventando la nación. Ibero América. Siglo XIX. México, FCE.
- MARIATEGUI, José Carlos (1928). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca “Amauta”.
- NIETZSCHE (1964). *De l'utilité et des inconvénients de l'histoire pour la vie*, in *Considérations inactuelles*. Paris, Aubier-Montaigne.
- PAZ, Octavio (1994). *El laberinto de la soledad*. Bogotá, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- SANTAYANA (1995). *Tres poetas filósofos*. Madrid, Editorial Tecnos.
- SAVATER, Fernando (2000). *Contra las patrias*. Barcelona, Tusquets Editores.